

vergüenza o al fracaso... ese tipo de cosas se desmoronan a la luz de la muerte, dejando sólo lo que verdaderamente es importante”.

Como siempre, Jobs buscó consuelo en su trabajo. Los dos productos más innovadores y exitosos de Apple -el iPhone y el iPad- fueron lanzados después de su diagnóstico. Ambos eran proyectos arriesgados que fácilmente podían haber fracasado, pero Jobs conservó su perfeccionista disciplina. Vic Gondotra, jefe de aplicaciones móviles de Google, estaba en misa un domingo cuando recibió una llamada de Jobs. “Estaba mirando el logo de Google en el iPhone y no me gusta el icono”, le dijo Jobs: “La segunda ‘o’ de Google no tiene el amarillo adecuado. Voy a hacer que lo cambien mañana. ¿Te parece bien?”. Gondotra lo describe como una lección que nunca olvidará. “Los CEOs [directores ejecutivos] deben preocuparse por los detalles”, dice, “incluso por el tono de un amarillo. Un domingo”.

Según empeoraba, Jobs vio como su vida se empequeñecía aún más. No salía por la noche, nunca aceptaba premios, no daba discursos, no iba a fiestas. Se encerraba en su casa de Palo Alto con su familia, aprendiendo todo lo que podía sobre cómo batir al cáncer. “Sabía más de ello que ningún oncólogo”, señala su viejo amigo Larry Brilliant, médico. Cada vez estaba más delgado, y se tomó unos meses de baja en Apple para un trasplante de hígado.

El año pasado Jobs me llamó sin previo aviso para que le hiciera una entrevista. Quedé sorprendido por lo diferente que sonaba su voz. No sólo es que fuera más suave y débil. Era también más curiosa. Por primera vez, me preguntó por

mis hijos. No sé ni cómo supo que tenía hijos: nunca habíamos hablado de ello. Otros también se dieron cuenta de esos cambios. Ya no parecía tan arrogante, y tenía tiempo y compasión para el sufrimiento de otros. Cuando el hijo de 24 años de Brilliant desarrolló un cáncer fatal, Jobs se convirtió en su “compañero de cáncer”, cuenta Brilliant. Jobs preparó

esquemas con los pros y contras de varios doctores para ayudarlo a decidir a quién acudir. Le llamaba todas las semanas, diciéndole “Si yo puedo superarlo, tú también”.

En el lanzamiento del iPad, en enero de 2010, Jobs estuvo acompañado de su familia, incluyendo a su hermana Mona. En el escenario, se le

veía delgado y frágil, pero valiente. Tras la presentación, me acerqué a saludarle, me miró con ojos vidriosos -los ojos lejanos, sin enfoque, de un hombre viejo- y me preguntó qué pensaba del iPad. No estoy seguro de que me reconociera, y claramente le costaba llevar una conversación. La gente de prensa de Apple se lo llevó rápidamente y nunca volví a hablar con él.

La caída de Jobs continuó. Brilliant paraba frecuentemente por su casa. En los días buenos, iban al centro de la ciudad a por un *smoothie* [batido de frutas], lo único que Jobs podía comer. “Nos reíamos mucho”, cuenta Brilliant. “A veces hablábamos de Dios o del más allá, que a Steve le producía mucha curiosidad. Sabía lo que le estaba pasando, era totalmente consciente”. A veces, cuando la charla se ponía intensa, Brilliant -un tipo grande- se tumbaba en la cama al lado de Jobs y le abrazaba. “No le preocupaba el futuro de Apple, sabía que iba a ir bien”, explica Brilliant. “Pensaba en sus hijos. Me dijo: ‘Me gustaría vivir para verles graduarse en el instituto’”.

Cuenta Brilliant que Jobs estuvo cerca de la muerte dos veces este verano: “Llegó a reunir a su familia para despedirse”. Se libró, pero el final estaba claro. Brilliant le vio por última vez dos semanas antes de morir. En su habitación, Jobs tenía dos fotos del gurú que nunca llegó a conocer, Naarem Karoli Baba, y uno de sus libros, *Miracle of love*. Aunque estaba terroríficamente delgado, Brilliant dice que se sentía “silenciosamente optimista” sobre el nuevo tratamiento al que le estaban sometiendo. “Cuando me marché”, señala Brilliant, “no tuve la sensación de que fuera un adiós”.

Jobs murió el miércoles 5 de octubre a las cuatro de la tarde. Estaba en casa, con su familia. Tenía 56 años. Siempre había sabido que no llegaría a viejo. Le gustaba decir a sus íntimos que moriría a los cuarenta y tantos. Como eso no ocurrió, tenía la sensación de que le habían regalado algo extraordinario. Usó esos años extra -“tiempo prestado”,

lo llamaba- para completar el viaje espiritual que empezó de niño en los campos de albaricoques de Silicon Valley. Puede que recordemos a Jobs como el hombre que le dio un toque humano a nuestros aparatos digitales, pero tal vez su mayor -y más complicado- logro fue darle el toque humano a Steve Jobs. rs

“Recordar que voy a morir pronto es la mejor herramienta que he podido encontrar para tomar las decisiones importantes de mi vida”

-Steve Jobs, 2005

2010



IPAD Esta vez, Apple quiso acortar el abismo entre el iPhone, las tabletas y los portátiles, y una vez más consiguió un producto sin igual en el mercado. Y nos rascamos el bolsillo para comprar algo que diez minutos antes no necesitábamos.

2011



IPHONE 4S Presentado en las últimas horas de vida de Steve Jobs, el 4S no es el gran salto adelante que se esperaba, pero incluye mejoras en la cámara y, sobre todo, en el control por voz. ¿Teléfono táctil? No, vocal.

“EL DYLAN DE LAS MÁQUINAS”

BONO, DE U2, ESBOZA UN PERFIL DE SU AMIGO STEVE, EL “INVENTOR DEL SIGLO XXI”

¿Quién inventó el siglo XXI? No fueron los japoneses: fueron unos anárquicos fans del rock californianos con sandalias. Gente cuya mentalidad tomó forma con el rock and roll, y no sólo Steve Jobs, también Paul Allen [cofundador de Microsoft] y otras personas. Una vez le conté esto a Bill Gates y le dije que seguramente él no habría escuchado nunca a Jimi Hendrix. “¿Bromeas?”, protestó Bill: “Estando con Paul Allen lo escuchaba diez horas al día”. Y Steve Jobs es el Bob Dylan de las máquinas, el Elvis de la dialéctica *hardware-software*, una criatura con un pensamiento bastante progresista.

La asociación de U2 con Apple comenzó cuando Steve buscaba la respuesta a una de las cuestiones fundamentales de nuestra era: ¿qué valor tiene el trabajo de un músico? Pensaba que con iTunes se lo pondría más fácil a los que quisieran respetar los derechos de autor. Así que tuvimos la idea de ofrecerle *Vertigo* para un anuncio del iPod; de hecho, le dijimos que queríamos salir en el anuncio. Luego le comentamos que no queríamos que nos pagara, pero que nos gustaría que hubiera un iPod de U2, negro. Su primera reacción fue: “Eso no funcionará. ¡Los iPods son blancos!”. Pero resultó que mucha gente los compró, y no porque fueran de U2, sino porque eran rojos y negros!

Mi trato personal con Steve me demostró que era un pensador clarividente en muchos asuntos y que podía contar con él. Nuestra última conversación tuvo lugar cuando me llamó preocupado por mi salud, lo que dice mucho sobre él. El tipo duro era muy tierno, y me dijo: “No me gusta tu aspecto, pareces agotado”. Le respondí que no, que estaba bien. No me hizo caso. Cuando me lesioné la columna, me llegó un paquete con libros, cd y miel de su jardín... toneladas de cosas que me mandó a casa. Y sí, era un capitán de la industria, un guerrero de su empresa, pero para mí fue un amigo atento y un padre maravillosamente interesado y detallista para sus hijos, y muy amante de su mujer. Tenía dos caras, la del guerrero y la suave y amable. Ya le echo de menos.

(CONTADO A BRIAN HIATT)